

Caos adolescente



Flequillo en crisis.....1

Modo avión.....2

La remera voladora.....4

Flequillo en crisis

Pía tenía todo listo para la fiesta del cole. Vestido negro, botitas con plataforma, glitter en los párpados. Solo faltaba el toque final: domar ese flequillo que amaneció con más volumen que un grupo de WhatsApp de mami.

Fue directo al baño, pero su hermano Valentino —Valen para todos— estaba ahí adentro, viendo videos eternos con el celu enchufado en el único tomacorriente que funcionaba.

—¿No vas a salir más? —gritó ella desde la puerta.

—Estoy ocupado —respondió él, como si estuviera resolviendo el conflicto de Medio Oriente.

—¿Ocupado en qué? ¿En cargar el teléfono con tus pensamientos?

Después de tres discusiones, una amenaza leve y la promesa de cambiarle la contraseña del wifi, Valen salió.

Pía, aliviada, entró con su planchita en alto como si fuera una espada mágica. Pero cuando quiso enchufarla... nada.

El enchufe había muerto. Se rindió ante la era digital de Valen.

Intentó el milagro de arreglar su flequillo con agua tibia, secador frío, un cepillo redondo y el poder de la fe. El resultado era inclasificable, pero al menos no parecía salida de un túnel de viento.

En la fiesta, mientras sonaba APT, una influencer del grado le dijo:

—¡Re vintage tu look! ¿Es francés o algo así?

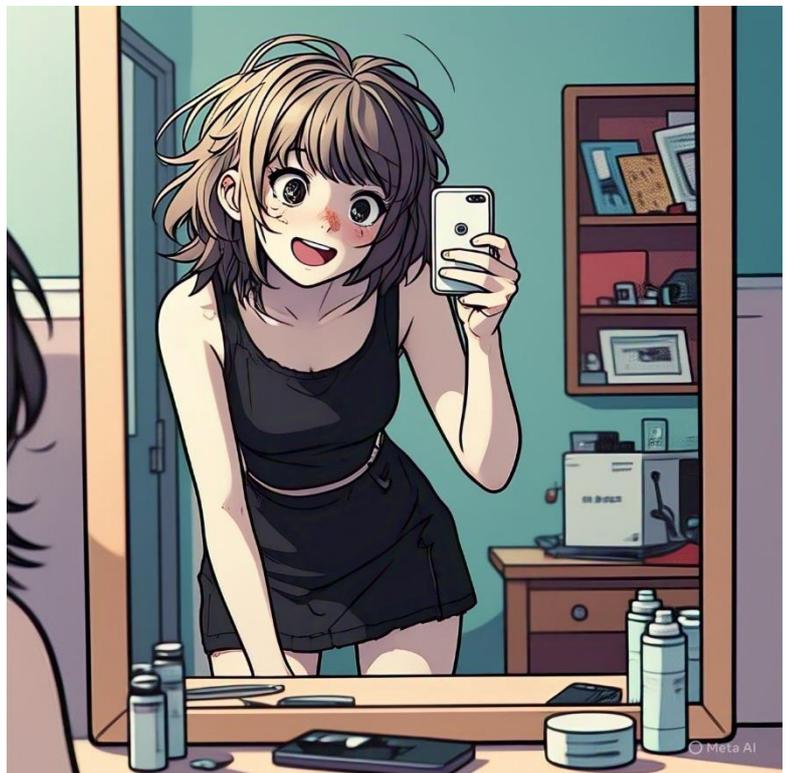
Pía asintió, seria. Como si hubiera nacido en París y desayunara croissants con Amélie.

Después, mientras bailaba con sus amigas, alguien tropezó y le volcó un vaso de gaseosa naranja en la manga. Pía se rió con dignidad. Total, el naranja combinaba con el glitter.

Se sacó una selfie en el baño, chorreando gaseosa y confianza, con el título: **“Mood: glam sin plancha y con burbujas”**.

Al otro día tenía 243 me gusta. Y un comentario de su hermano que decía: —Sos una loca, pero te quedó facher.

Pía miró el mensaje y sonrió: al final, los hermanos siempre están para bancarse.



Modo avión

Martina tenía 14 años y una teoría: si el universo tenía sentido, entonces TikTok no debería existir. Pero existía. Y sus compañeros lo usaban como si fuera oxígeno.

—¿Viste el challenge del microondas humano? —le preguntó Tomi en el recreo.

—¿Eso es legal? —respondió ella, sin levantar la vista del libro.

Martina no tenía TikTok. Ni Instagram, ni Snapchat. Su celular era apenas un Nokia que sabía contar pasos, hacer llamadas y sobrevivir terremotos. Pero no era por eso que estaba desconectada. Simplemente no le interesaba. Le gustaba estar en “modo avión” aunque estuviera en tierra firme.

Elegía el modo avión como otros eligen auriculares. No para aislarse, sino para *escuchar mejor*. Se sentía parte de una especie en extinción: los que miran por la ventana sin necesidad de publicar lo que ven.

A veces sus compañeros decían que vivía en otra época.

—Sí, en una donde la gente se saludaba con la cara —respondía ella, mientras alguien intentaba enseñarle a hacer un trend con los codos.

Le gustaban las cámaras con rollo, las cartas escritas a mano, los libros con olor a papel viejo y ponerles títulos raros a sus carpetas escolares (“Matemática: un drama innecesario”, por ejemplo).

Un sábado fueron con la escuela a un museo ferroviario. Todo muy oxidado, muy polvoso, muy ideal para que alguien se rompa un tobillo por contento.

Mientras la mayoría filmaba el famoso “tren invisible” —un vagón camuflado al punto de parecer excusa para hacer un reel—, Martina sacaba fotos con su cámara analógica. Había algo en el lugar que la hacía sentir en otra dimensión: los ruidos, las texturas, el silencio entre ruidos.

Fue ahí donde lo vio.

Un chico, sentado sobre un durmiente, también con una cámara. La miró como si ya la conociera y le hizo un gesto con la cabeza. Nada exagerado. Pero tampoco invisible. Fue como si le dijera “vos también viste lo que yo vi”.

No se hablaron. Pero después, en el colegio, empezaron a cruzarse seguido. Él no era nuevo. Solo que no se habían registrado antes. Como cuando ves a alguien todos los días y de repente un día tiene cara.

Una tarde, Martina estaba revelando fotos en el taller del cole. Le encantaba ese momento: la luz roja, el olor a químicos y la imagen apareciendo despacito como un secreto.

Él se acercó sin decir hola, y señaló una de las fotos.

—Esa es buena.

Era una imagen en la que la sombra de un vagón se proyectaba sobre un banco de piedra, con un encuadre medio torcido que a ella le parecía perfecto.

—¿Sacás siempre en blanco y negro? —le preguntó él.

—Depende. ¿Vos?

—Yo saco cuando hay algo que vale la pena guardar. Como esta conversación, por ejemplo —dijo, sonriendo con una ironía simpática.

Martina sonrió también. Tenía el sentido del humor justo: ese que no hace ruido pero se queda.

Él abrió su mochila y sacó un sobre.

—Intercambio —propuso—. Son fotos mías. O sea, sacadas por mí. No de mí. Tampoco tuyas. Nadie comprometido.

Martina eligió una donde se veía el reflejo de un pasamanos en un charco, con una luz rara, como de otro planeta. Él tomó una suya: un grafiti desenfocado y, en primer plano, la sombra de un árbol que parecía contestarle.

—¿Título? —preguntó él.

—“Silencio con ganas de hablar”.

—Genial. La mía se llama “Lluvia que no se arrepiente”.

Martina le dio la mano. Y ahí, como si recién ahora el momento lo habilitara, él se presentó:

—Leo —dijo—. Pero también respondo a “el de la cámara”.

—Martina. Pero si me gritás “¡modo avión!”, también me doy vuelta.

Cuando terminó la tarde, Martina encendió su celular solo para ver la hora. No tenía notificaciones. Pero igual, lo volvió a guardar.

No necesitaba ninguna app para sentirse conectada. Solo cargó su cámara, y en el primer negativo escribió con marcador fino: **“Modo avión, pero en buena compañía.”**



La remera voladora

—¿Y mi remera verde? —gritó Marcos desde su cuarto.

—No sé, ¿ya buscaste bien? —respondió Lucía sin levantar la vista del celular.

Marcos revolvió cajones, cama, mochila. Nada. Volvió al living refunfuñando, y en ese momento... los dos la vieron.

La remera *flotaba*.

Sí, flotaba en el aire, a medio metro del suelo. Suspendida. Como si alguien invisible la tuviera entre las manos.

—¿¡Qué es eso!?! —dijo Lucía, retrocediendo.

—¿¡Un fantasma!?! —balbuceó Marcos, helado.

La remera cayó suavemente al piso. Corrieron a verla, pero cuando llegaron... ya no estaba.

Se miraron sin decir nada. Caminaban despacio por la casa, como en una peli de miedo. De pronto, Lucía la vio: la remera ahora estaba colgada arriba del marco de la puerta del baño.

—¿Cómo llegó ahí? —susurró.

Y entonces... dos ojos brillantes aparecieron entre la remera y la pared.

—¡AAAAAAAHHH! —gritaron los dos al mismo tiempo.

Pero no era un espíritu. Ni un poltergeist. Era Lulú. La gata. Había arrastrado la remera desde la pieza, la había tirado al aire mientras jugaba, y ahora estaba trepada arriba de la puerta, en modo ninja total.

Lucía se largó a reír. Marcos también, aunque con el corazón todavía latiendo fuerte.

—Nos hizo el mejor susto paranormal de la historia —dijo, acariciando a la culpable.

Desde ese día, cada vez que pasa algo raro en casa, ya saben a quién mirar primero: Lulú, la especialista en sustos con estilo.

